

Padre Hugo Lemus 20 años al servicio de la iglesia hondureña
“yo dije que sería bueno ser sacerdote para poder atender a los jóvenes”

Rolan Soto

rolanhisto@gmail.com

Un sacerdote amigo, carismático y generoso son algunas de las características que definen el perfil del P. Hugo Lemus, que luego de 20 años de servicio a la Iglesia hondureña se traslada a su país natal, México, en ese anhelo de ir por el mundo anunciando el evangelio.

¿Cómo fue su niñez y contexto familiar?

Nací en una familia numerosa de nueve hijos, ocupó el quinto lugar, soy hermano gemelo. La familia se caracterizaba por una religiosidad muy acendrada en mi madre. Mi padre no tenía en aquel entonces mucha vivencia religiosa, era muy respetuoso, pero no era muy practicante. Mis abuelos que eran de una fe muy profunda, muy duros en la forma de corregirnos, pero muy firmes en la práctica de valores. Desde pequeño nos metieron a catequesis. Al mismo tiempo me matricularon en una escuela católica de los Hermanos Maristas, de profunda devoción a la virgen María, ellos ejercieron una influencia tremenda para lo que sería después mi decisión vocacional. De pequeño admiraba tanto esta Congregación que quería ser Marista, mi mamá no me dejó porque estaba muy pequeño tendría 12 años y me dijo que cuando terminara el colegio si tenía esa idea podía continuar. De todas las instituciones por las que he pasado el recuerdo más entrañable que guardo es la primaria.

¿En su juventud qué momentos marcaron su decisión por la vida sacerdotal?

Al terminar la primaria fue muy fuerte el choque porque mis papás ya no pudieron pagar la educación católica entonces ingresé a un colegio público. Además, México y el mundo entero estaban entonces con la resaca del movimiento estudiantil del 68. Las escuelas habían bajado el rendimiento académico porque se habían metido a la lucha política y social. En ese ambiente me toca ingresar al colegio. Empecé a preocuparme por luchas sociales y políticas a la edad de 13 o 14 años y eso fue aunado a una crisis religiosa y entonces dejé de practicar la fe. Pero siempre como que el señor tiene sus angelitos y llegaron por ahí algunos amigos y que me invitaron a un grupo parroquial. Esa fue mi salvación porque era tal mi preocupación y mi interés social que en aquel entonces las escuelas públicas se habían convertido en semilleros de guerrillero, no sé si hubiera terminado yo como un guerrillero porque a los 14 o 15 años cambie el ideal de seguir a Cristo por el ideal de seguir al Che Guevara. Mi mamá al ver que me estaba alejando de

la práctica de la fe me dijo solo te voy a pedir una cosa ve a misa los domingos. Eso me ayudó porque después me enganché al grupo parroquial. Llegue a ser el dirigente junto a mi hermano, estamos hablando entre los 17 y 18 años. Hubo una situación que a mí me marcó que fue darnos cuenta que solo había un párroco para una parroquia enorme y que no estaba con nosotros en el grupo juvenil, pero había dos estudiantes del Seminario de los Operarios Diocesanos que iban con nosotros. El contacto con ellos me ayudó mucho y **yo dije que sería bueno ser sacerdote para poder atender a los jóvenes** y a los jóvenes de mi grupo porque yo sentía que no había mucha atención hacia nosotros. Recuerdo que los diáconos cada mes en misa dominical repartían propaganda vocacional y en una ocasión entregaron una que decía y yo sacerdote ¿por qué no? que sumado a dos testimonios de vida vocacional me movieron el “tapete” porque realmente yo no podía contestar por qué no era sacerdote. Inmediatamente después de hacerme esa pregunta durante unas semanas se presentó la oportunidad de un retiro espiritual con los Siervos de Jesús y eso me ayudó al discernimiento y los ejercicios me ayudaron a tomar una decisión y ya después ingresé a la vida religiosa. Cerca de los 21 años ingresé al seminario.

¿Cuándo llega a Honduras?

En 1998, luego de fungir como Director del Colegio Fray Felipe de Jesús, en Nuevo Casas Grandes, Chihuahua, me enviaron a la Parroquia Salvador del Mundo en la Arquidiócesis de Tegucigalpa, ahí estuve 6 años, una oportunidad maravillosa de crecimiento porque anteriormente había trabajado en lo académico, no en lo pastoral. Después de 6 años fui enviado en 2004 a la Parroquia San Jorge de Olanchito, que era la más lejana de la Arquidiócesis en aquel entonces. Fue como completar aquella apertura e incremento de experiencias. Mi llegada siempre fue de mucha aceptación y el empezar juntos a trabajar. No quisimos hacer nada nuevo sino dar una continuidad y poco a poco fueron surgiendo nuevas propuestas de evangelización y acción pastoral. Encontramos una Parroquia con un laicado muy consciente de su presencia y su misión de tal manera que fue edificante y esperanzador y hasta ahora que hemos caminado juntos con mucho sentido de comunión.

A 14 años de servicio a la Parroquia San Jorge ¿cómo toma su traslado a México?

Lo he tomado con dolor. En parte y en broma, digo que no me voy, me llevan para demostrar que mi deseo no era ser transferido porque hay algo que se llama calor humano que experimenté en Olanchito y Honduras y para mí está significando un tremendo dolor el tener que separarme de esta gente que me ha dado tanto afecto y tanto cariño. Yo creo que es algo que se da para el crecimiento de todos.

¿Qué se lleva de Olanchito?

De Olanchito me llevo la manera de vivir el sufrimiento con esperanza. Me llevaré la mano extendida de los que solidariamente compartieron lo poco o mucho que tenían. Esa atención hacia mi palabra, un eco de la palabra de Dios para ellos. También me llevó el respeto que se tiene hacia la figura del sacerdote. Me llevo una práctica de la fe, sencilla e intensa. Me llevo preocupaciones, me duele mucho la pobreza que vi aquí, también el deseo de cómo poder echar “una manito” a este país y cómo ayudar para la promoción humana.

Entrevista realizada el 13 de septiembre de 2018 en la Casa Cural de la Parroquia de San Jorge de Olanchito, Yoro.